

Me sobran los Romeos

Recuerdos I

Anna Pólux

LES
editorial

Primera edición: noviembre de 2022

© Anna Pólux, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Margarita H. Garcia (IG @margacong), ilustración portada, 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-85-8

Depósito legal: MU 1023-2022

IBIC: FRD

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*Kris, esta historia es para ti.
Gracias por convertirla en el doble de especial para mí,
poniéndole la banda sonora más bonita del mundo
en todos los sentidos.*



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

1

Cinco años: Sus deliciosas galletas

Dani y yo. Yo y Dani.

Seguro que quieres saber desde cuándo fue así, cómo tú y yo hemos llegado hasta aquí.

Pues desde el principio, fue así desde el principio. Dani se convirtió en mi mejor amiga. Lo sabíamos todo la una de la otra.

Todo, en serio.

Sabía cuál había sido su serie de dibujos favorita, porque la habíamos visto juntas en una de nuestras casas mientras nos tomábamos la merienda que nos habían preparado nuestras madres.

Sabía cuándo a Dani se le había caído el primer diente, porque yo estaba allí para burlarme de ella hasta hacerla llorar. No estoy orgullosa, pero los niños pueden ser muy crueles a veces; de todas formas, a la semana siguiente uno de mis propios dientes decidió abandonar mi encía y la cosa dejó de tener gracia. A favor de Dani tengo que decir que nunca se burló del nuevo espacio en mi dentadura.

Sabía cuándo le habían dado su primer beso, porque yo estaba allí para derribar al niño en cuestión de un empujón tan fuerte que lo dejé llorando en el suelo.

Había estado allí cuando se murió su perro Skippy y Dani lloró durante días enteros, y ella estuvo conmigo cuando se murió mi abuelo y fue mi turno para llorar.

Había estado allí cuando el perro de sus vecinos persiguió al cartero, intentando morderle en el culo, y las dos nos reímos durante horas. Podíamos pasarnos horas riéndonos juntas, porque la risa de Dani era muy contagiosa y conseguía que yo me riera también. Ella decía lo mismo de mi risa, de modo que podíamos estar riendo sin parar hasta que nos dolía la tripa.

A los diez años planeábamos casarnos el mismo día, en el mismo sitio y dar el banquete juntas. Una boda doble.

A los catorce pensábamos casarnos el mismo día, en el mismo sitio y dar el banquete juntas, pero ya no iba a ser una boda doble.

En las contadas ocasiones en las que no estábamos juntas, la gente me preguntaba: «¿Dónde está Dani?», como si fuera lo más extraño del mundo vernos sin la otra al lado. A Dani le pasaba lo mismo, la gente le preguntaba: «¿Dónde está Robin?».

Y era raro, era raro estar sin Dani. Lo más extraño del mundo.

Me acuerdo del primer día que la vi. La gente dice que es imposible que recuerde con tanto detalle algo que sucedió cuando tenía apenas cinco años.

La gente no tiene ni idea, me acuerdo con una claridad absoluta.

Robin y Dani a los cinco años

Paseó su vista por aquella clase de segundo de infantil. Conocía a la mayoría de sus compañeros del año anterior; en aquella ciudad de Ohio escaseaban las guarderías, de modo que no era extraño. Para el ojo inexperto ella solamente dibujaba en un folio con las pinturas de colores, pero en realidad se encontraba sopesando a quién le robaría el almuerzo aquel día. Su mamá le había vuelto a dar una manzana.

¡Una manzana! ¿Eso era comida? ¿En serio, mamá?

Localizó a Nathan en una esquina, trataba de construir con los Legos la torre más alta que hubiera visto aquella clase de infantil. La mamá de Nathan le solía preparar unos sándwiches riquísimos, eso era cierto, pero ya le había quitado su almuerzo el día anterior y tampoco quería que el pobre niño se quedara raquítico por culpa suya.

¡Era tan bondadosa!

Desvió la atención a Ronda, que jugaba con un enorme bloque de plastilina multicolor. *Ronda, Ronda, Ronda... ¿cuántas veces te ha dicho la señorita que no se mezclan los colores de la plastilina?* Sacudió la cabeza dando a su compañera por imposible, iba a pasarse otro recreo mirando la pared. Es que aquella niña no aprendía jamás. Una vez ella misma había mezclado la plastilina y luego le echó la culpa a Ronda y, como Ronda lo hacía siempre, la señorita la había creído y la pobre se había quedado sin salir al patio. La mamá de Ronda solía prepararle un surtido delicioso de galletitas saladas. Se relamió solo de pensarlo. Era una posibilidad.

Junto a Ronda y también jugando con la plastilina se encontraba Jeffrey, los bollitos rellenos de crema de Jeffrey eran un manjar y...

La voz de la señorita la sacó de sus pensamientos de matona robaalmuerzos. Levantó la vista solo para ver cómo una señora desconocida para ella entraba a la clase sujetando la mano de una niña morena que caminaba tímidamente a su lado. La pequeña escondió la cara en la pierna de su madre en cuanto la voz de la señorita atrajo todas las miradas de los niños sobre ellas.

Oh, genial, otra sosita pusilánime a la que robar el almuerzo.

La señorita la presentó como Danielle Nichols y todos los niños repitieron a coro «hola, Danielle», tal y como les habían enseñado a recibir a las nuevas incorporaciones. La tal Danielle se puso un poco roja antes de contestar con un tímido gesto de la mano.

Una pequeña charla entre la maestra y la señora Nichols y la mujer se agachó delante de su hija para despedirse antes de

abandonar la clase. ¡Madre mía, qué drama! Danielle se aferraba a su cuello como si la vida le fuera en ello.

¡Vamos, niña! Es solo una clase de infantil y quiero saber qué has traído de almuerzo.

Por fin la señora Nichols se marchó y Danielle le dio la mano a la señorita, paseando su mirada nerviosa por la clase. Se dejó llevar hasta el lugar donde Ronda y Jeffrey jugaban con la plastilina.

¡Ay, Ronda! Se te ha caído el pelo, maja. Sonrió cuando la señorita comenzó a regañar a la niña porque «la plastilina no se mezcla». Claro que no, pero, aun así, su profesora pasó del asunto sin castigarla sin recreo ni nada. ¿Por qué no? A los cinco años ya empezaba a entender que la vida no era justa algunas veces.

Vio a la nueva sentarse junto a Ronda y Jeffrey, dispuesta a jugar con la plastilina. Dijo algo que no logró escuchar por la distancia que las separaba, pero, nada más abrir la boca, Ronda y Jeffrey se habían echado a reír, señalándola con el dedo y burlándose de ella por alguna razón desconocida. Después se levantaron a toda velocidad y dejaron a la pequeña morena sola y mirando la plastilina.

Cristo Bendito. Iba a llorar seguro.

Ya se sabe cómo son las clases de infantil, allí las noticias corren como la pólvora, y en cuestión de segundos todos miraban a Danielle de reojo y soltaban risitas diciéndose cosas al oído. Ella dedicó unos segundos a mirar a los niños crueles y a Danielle. A Danielle y a los niños crueles. ¿De qué podían reírse? No podían llamarla cuatro ojos, porque no llevaba gafas. No podían estar burlándose de su aspecto físico, era una niña muy mona. Todo un misterio. Hasta que Ralph, el correveidile más eficaz a ese lado de la escuela, llegó hasta donde ella se encontraba «pintando» y dijo riéndose entre dientes:

«La nueva habla raro».

¿La nueva habla raro? Igual que había llegado, Ralph se desvaneció en busca de otros compañeros que aún no se hubiesen enterado de que la nueva hablaba raro.

Efectivamente. Tal y como sospechaba, Danielle lloraba aún sentada junto a la plastilina. Jamás había visto lagrimones de ese

tamaño salir de los ojos de nadie, y eso que había hecho llorar a casi todos los niños de aquella clase. Cambió el color de la pintura que sostenía entre los dedos, porque resultaría sospechoso que llevara más de un cuarto de hora con la roja en la mano. Eligió la verde mientras sus ojos seguían observando a la nueva que hablaba raro.

Por fin la señorita se dio cuenta del drama que se estaba viviendo en su aula y acudió al lado de la víctima de toda aquella historia, esa niña necesitaba ingerir algo de líquido o acabaría deshidratándose. Danielle y la señorita hablaron por un rato. La maestra no se reía de su pronunciación, así que o no hablaba tan raro o su profesora sabía aguantarse la risa como una profesional. Una de dos.

Bueno, al menos la nueva ya no lloraba, en aquellos momentos se sorbía la nariz y le había dado un poco el hipo del disgusto que llevaba encima. Le gustaría decir que le daba pena, pero si tenía que ser sincera consigo misma, aún seguía preguntándose qué le habría preparado su mamá de almuerzo. Lo descubriría más adelante, en la hora del recreo.

De pronto, la señorita estaba dando palmas para captar la atención de todos los allí presentes. Veinte pares de ojos se posaron en la profesora y en la nueva. Las dos estaban subidas en la tarima de la clase y Danielle parecía ir a echarse a llorar de nuevo porque algunos de sus compañeros seguían riéndose y señalándola.

—¡No quiero oír ni una risita más! —exigió la maestra en un tono que hizo callar a todos. Solo podía oírse el hipo de la nueva—. Danielle no habla raro.

—¡Sí habla raro! ¡Parece que tiene la lengua de trapo! —señaló Ronda, ganándose la risa de casi todos sus compañeros.

—¡No es verdad! —exclamó de repente la nueva—. ¡Soy de Londres, tonta!

Pero ¿qué demonios...? Era cierto que hablaba raro y ella no pudo evitar soltar una risita ante aquel acento tan extraño. Pero enseguida se quedó seria de nuevo. ¿Qué pondrían las madres de Londres de almuerzo a sus hijos?

Unas risitas por aquí, una bronca de la profesora por allá y todo solucionado. Bueno, solucionado no, eran niños de cinco años y estarían burlándose de la forma de hablar de aquella niña por siempre jamás, pero de forma soterrada, sin captar la atención de la maestra de nuevo. Profesionalidad ante todo.

Danielle se sentó sola en una de las mesas y cogió un folio en blanco y unas pocas pinturas. A lo mejor ella iba a pintar de verdad y no solo a fingir que lo hacía. De vez en cuando su cuerpecillo daba un pequeño bote a causa del hipo y ella sonreía divertida cada vez que eso pasaba, aquel año de segundo de infantil no iba a ser tan aburrido como se había imaginado.

Por fin, la hora del recreo. Los niños salieron de estampida al patio, era enorme y todo suyo. En segundos todos los columpios estaban ocupados, con risitas y gritos llenándolo todo, y cada uno de sus compañeros trataba de comerse el almuerzo a la velocidad de la luz. Sabían que ella andaba cerca y no querían correr el riesgo de regresar a la clase con la tripa vacía.

Caminó tranquilamente por aquí y por allá, mirando divertida cómo se metían los almuerzos a presión en sus diminutas bocas. No tenía prisa, le interesaba localizar a la nueva, a la tal Danielle. Le intrigaba en qué podía consistir su almuerzo de Londres. No tenía idea de dónde estaba Londres, pero si la comida allí era tan rara como la forma de hablar de aquella niña morena valía la pena probarlo. Solo por curiosidad.

Bingo. Allí estaba, sola en una esquina del patio y sentada en una de las mesitas que nadie usaba durante los recreos. Se le hizo la boca agua en cuanto localizó la bolsa que colgaba de sus manos, en ella debía de guardar su misterioso almuerzo.

Uh, David, si sabes lo que te conviene, dejaras esa bolsa en paz.

Lo pensó al ver a su archienemigo acercándose a la morena con paso decidido. Ese niño se pensaba que podía quitarles el almuerzo a sus compañeros, así como si nada. ¡Qué atrevida era la ignorancia!

Dile a tu mamá que te ponga un bocata doble, rubito, este patio es de Robin Brooks.

Sus padres le habían asegurado que el primer día de clase haría muchos amigos y que todos querrían jugar con ella. Una predicción demasiado ambiciosa y demasiado mentira. Allí todos se burlaban de su forma de hablar y de momento no tenía ni un solo candidato con quién jugar.

Se sorbió la nariz y se frotó los ojos al notar que volvían a picarle, reparó en que un niño se le acercaba y lo miró un tanto desconfiada. Seguro que iba a reírse de ella otra vez.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó aquel pequeño.

Ella bajó la vista a la bolsa que su madre le había preparado aquella mañana; la apretó entre sus dedos mientras se le aceleraban los latidos por lo que pudiera venir a continuación.

Tragó saliva antes de contestar.

—Mi almuerzo. Creo que mi mamá me ha puesto unas galletas. ¿Tú no tienes almuerzo? —Se extrañó al verla con las manos vacías—. Si quieres, podemos compartirlo.

Se lo ofreció, comenzando a sacar su paquetito de galletas, pero en un rápido movimiento aquel niño le arrebató la bolsa de las manos.

—¡Ey! —protestó molesta y con un nudo en la garganta—. ¡Dámelo! ¡Es mío!

Intentó recuperarlo, pero David la empujó y ella acabó sentada en el suelo con las palmas de las manos doloridas por la caída. No la había visto llegar, pero al segundo siguiente una niña rubia salida de la nada había derribado a su agresor y mantenía su pie sobre el pecho del muchacho, impidiéndole incorporarse.

—David...

Fue todo lo que aquella desconocida necesitó decir para que a aquel matón se le bajaran los humos. Después extendió la mano y el aludido le entregó la bolsa de su almuerzo sin

rechistar, mientras que ella miraba la escena boquiabierta desde su posición en el suelo.

—Lárgate.

«Lárgate». Así sin más. Una sola palabra y aquel niño desapareció como alma que lleva el diablo. La niña rubia se volvió hacia ella con la bolsa en las manos y se la tendió en silencio, así que se levantó y recuperó su almuerzo con una sonrisa.

—Gracias —dijo educadamente—. Son galletas. Si quieres podemos compartir...

—Dámelo.

Su salvadora se lo ordenó con el mismo tono intimidante con el que había hablado al tal David y a ella el ceño se le frunció solo. Completamente descolocada. ¡Pero si acababa de devolvérselo!

—Dámelo. Tengo hambre.

—Pero es mi almuerzo... —protestó a media voz—. Te puedo dar alguna galleta y podemos ser amigas.

—No quiero ser amiga tuya. Quiero tu almuerzo.

Al escucharla, frunció aún más el ceño sin dejar de aferrarse a su bolsa. Aquella niña no tenía derecho a comerse sus galletas, y menos si no quería que fueran amigas.

—¿Y por qué no les pides a tus amigas que te den un poco del suyo?

—No quiero tener amigas, solo almuerzos.

Tras aquella solemne declaración, a ella las cejas se le levantaron casi hasta la línea del pelo. Alucinante.

—¿No quieres tener amigas? ¿Y con quién vas a jugar?

—Con nadie. —Aquella niña se encogió de hombros.

—¿Con nadie? Eso es un poco aburrido, ¿sabes? Yo tengo una mejor amiga que se llama Megan, pero se ha quedado en Londres con sus papás.

La rubia la miró sin decir ni media palabra. Parecía bastante evidente que su vida le interesaba dos pepinos, pero por alguna extraña razón seguía allí de pie, escuchándola. Seguramente porque aún no le había quitado el almuerzo.

—Mira, si quieres compartimos mis galletas. Saben muy ricas.

Se las ofreció en tono conciliador, sentándose en la mesa y sacándolas de la bolsa. Su compañera miró alrededor, para asegurarse de que nadie la veía socializando con la nueva que hablaba raro, y tras unos segundos de indecisión se sentó junto a ella. Se rio alegremente ante la cara que puso al descubrir sus deliciosas galletas, casi estaba babeando.

—¿Quieres que seamos mejores amigas? Te daré de mis galletas todos los recreos si lo somos —probó suerte de nuevo.

Su amiga en potencia miró las galletas y a ella. A ella y a las galletas.

—Vale.

¡Vale! Al escucharlo los ojos se le debieron de iluminar y todo, porque tenía una mejor amiga. Las risitas de los tontos de sus compañeros desaparecieron de golpe y del hipo ya ni se acordaba.

—¡Vale! —exclamó, poniendo sus galletas en medio de la mesa para que ambas pudieran llegar a ellas—. Prueba una, verás que rica.

Su nueva mejor amiga la miró y disimuló a duras penas la risa, quizá al ver alguno de sus dientecillos manchados de chocolate mientras ella le sonreía ampliamente. Cogió una de las galletas y le dio un mordisco.

—Yo me llamo Danielle, pero mis papás me llaman Dani. Es mejor —se presentó mientras la rubia saboreaba su almuerzo como si fuera lo más delicioso que había probado nunca—. ¿Tú cómo te llamas?

—Robin.

—Robin es un nombre muy bonito. Robin, ahora que somos mejores amigas... ¿puedo sentarme contigo en la clase?

—Bueno... —La rubia se encogió de hombros—. ¿Qué más hacen las mejores amigas?

—No sé, se sientan juntas en clase, juegan juntas y se cuentan secretos —enumeró pensando en las cosas que hacían Megan y ella.

—Ah, vale —accedió Robin antes de meterse otra galleta a la boca.

Sonrió muy amplio tras aquel acuerdo verbal y el estómago le hizo una pirueta, con derroche de entusiasmo y *overbooking* de adrenalina recorriéndole hasta la última de sus terminaciones nerviosas.

¡Primer día de clase y ya tenía una mejor amiga!

La vida en América no era tan difícil como se la había imaginado.

Habían regresado del recreo hacía casi una hora y los niños ya se habían cansado de burlarse de que era amiga de la que hablaba raro. De vez en cuando miraba a Dani, que estaba totalmente concentrada en un dibujo a medio terminar. Sonrió un poco cuando la descubrió con el ceño fruncido y la lengua asomada por entre sus labios mientras realizaba la parte más difícil de su obra de arte. Los gestos de aquella niña eran muy graciosos y sus galletas, deliciosas.

A lo mejor iba a gustarle ser la mejor amiga de Danielle Nichols.

—¡Ya está! —exclamó la morena dejando a un lado la pintura amarilla—. Ya lo he terminado. ¿Tú has terminado el tuyo?

Ese había sido el trato, hacer un dibujo cada una, y solo lo aceptó porque hacer un dibujo de verdad era más entretenido que fingir estar haciendo uno. Dani le había dicho que al terminarlos se los regalarían la una a la otra, porque, por lo visto, formaba parte de las cosas que hacían las mejores amigas. ¡Qué rara era la amistad!

—Sí, yo también lo he acabado.

Hacía lustros que lo había terminado.

—Yo te lo regalo primero, ¿vale?

La morena se lo tendió sin esperar su respuesta, con los ojos chispeantes y derrochando excitación, ridículamente emocionada y casi aguantando la respiración, a la espera de saber si le gustaba su creación.

Así que lo cogió y lo miró.

Era evidente que Dani había puesto mucho esfuerzo en aquel trabajo. Mucho más que ella. Había plasmado una casa al fondo, árboles, un sol gigante y, en primer plano, aparecían un par de muñecos un tanto desfigurados, con las piernas demasiado cortas y los brazos demasiado largos. Uno tenía puntos azules por ojos y un borrón amarillo, presuntamente representando su pelo. A su lado estaba el otro, igual de feo, pero con unos puntos verdes por ojos y un borrón negro por pelo.

—¿Te gusta? Somos tú y yo en mi casa. Puedes venir a jugar siempre que quieras.

Ante aquel interrogante de su nueva mejor amiga, apretó los labios y la miró en silencio, pensándose si decirle que de ninguna forma aquel espantajo era ella, pero vio el brillo esperanzado en sus ojos y se obligó a sonreírle.

—Sí, es muy bonito —mintió.

—Si quieres, lo puedes colgar en tu habitación —sugirió la pequeña morena, contenta de que le hubiese gustado.

Sí, ya, estate esperando.

—Toma... este es el que he hecho yo. —Le ofreció su hoja medio en blanco.

Dani la cogió, sonriendo de oreja a oreja, y frunció el ceño al descubrir unas cuantas rayas negras.

—¿Qué es?

Vaya. Al parecer el minimalismo no era lo suyo.

—Eh, son rayas negras —señaló, sintiéndose algo incómoda por tener que aclarar aquella obviedad.

Su compañera se había esforzado mucho más que ella. Estaba claro.

—¡Me gustan tus rayas negras, Robin! Las voy a colgar en mi habitación.

Dani lo dijo recuperando aquella sonrisa extremadamente ilusionada y con el tono empapado de «¡es el mejor regalo del mundo!». Como si aquel folio manchado de negro lo fuera de verdad.

Se limitó a mirar cómo la morena guardaba su nuevo tesoro en su mochila de Marie de *Los aristogatos* y parpadeó un par de

veces mientras aquel implícito «es el mejor regalo del mundo porque me lo has dado tú» le arañaba el interior del pecho. Suave. Esponjoso y caliente.

Nuevo para ella.

La miró un poco más pensando «qué niña más rara», pero sospechó desde aquel mismo momento que, aunque Dani dejara de llevar aquellas galletas tan deliciosas para compartir con ella durante los recreos, no le importaría seguir siendo su mejor amiga.